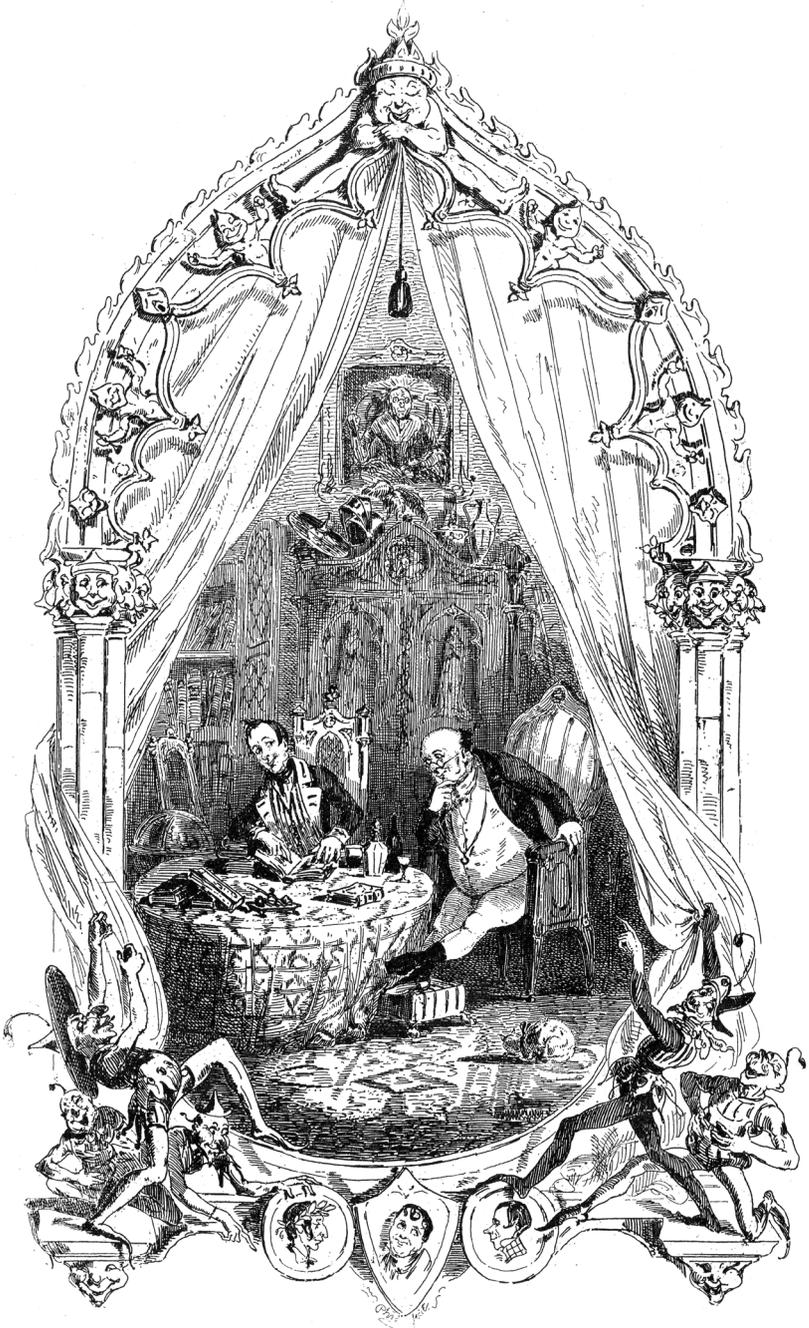


artemisaediciones/clásicaplus·1

c h a r l e s
d i c k e n s
a v e n t u r a s
d e p i c k w i c k
artemisaediciones/clásicaplus





c h a r l e s
d i c k e n s
a v e n t u r a s
d e p i c k w i c k
traducción · de · benito
p é r e z · g a l d ó s
ilustraciones · de seymour & phiz
artemisa ediciones / clásica plus

CAPÍTULO I

LOS PICKWICKIANOS

El primer rayo de luz que iluminó con brillantes resplandores la oscuridad en que la historia de la vida pública del inmortal Pickwick parecía envuelta consistió en los siguientes documentos insertos en las actas del Club Pickwick. El editor de estos papeles tiene la mayor satisfacción en proporcionarlos a sus lectores como una prueba de la solícita atención, de la infatigable constancia, de la minuciosidad sutil con que verificó sus investigaciones al examinar los innumerables documentos que se le confiaron.

«12 de mayo de 1827. Presidencia de Joseph Smiggers. VPPMCP*.
Se convino por unanimidad en las proposiciones siguientes:

»La Asociación oyó leer con extraordinaria satisfacción y unánime complacencia los documentos comunicados por Samuel Pickwick, PPMCP**, y titulados: *Investigaciones sobre el origen de los pozos de Hampstead, con algunas observaciones sobre la teoría de los sapos*, y por todo esto la Asociación daba las más expresivas gracias al susodicho Samuel Pickwick.

»La Asociación, profundamente convencida de las ventajas que las sabias investigaciones de Samuel Pickwick traerán a la ciencia, cuya propagación y estudio se propone, no puede menos de conocer los innumerables beneficios que irremisiblemente resultarán de que las especulaciones de aquel sabio tengan una esfera más alta, es decir, de que extienda sus viajes y, por consiguiente, alargue el campo de su observación, para mayor provecho del conocimiento y mayor propagación de la enseñanza.

»La Asociación, en vista de estas razones, ha tenido seriamente en consideración la propuesta hecha por el mismo Samuel Pickwick y otros tres pickwickianos con objeto de formar una nueva rama de

* Vicepresidente perpetuo. Miembro del Club Pickwick.

** Presidente perpetuo. Miembro del Club Pickwick.

la unión pickwickiana, con el nombre de Sociedad Corresponsal del Club Pickwick.

»Esta propuesta ha recibido la sanción y aprobación de la Sociedad.

»La Sociedad Corresponsal del Club Pickwick queda desde ahora constituida, y Samuel Pickwick, Tracy Tupman, Augustus Snodgrass y Nathaniel Winkle son nombrados miembros de la misma, quedando obligados a enviar de tiempo en tiempo al Club establecido en Londres relaciones auténticas de sus viajes e investigaciones, de sus observaciones respecto a caracteres y costumbres y de todas las aventuras, documentos y anécdotas que pudieran relacionarse con las localidades que visitan o con sus recuerdos históricos.

»La Asociación reconoce el principio de que cada miembro de la Sociedad Corresponsal debe pagar los gastos de su viaje, y que no se opondrá, por lo tanto, a que el socio extienda su viaje y sus trabajos todo el tiempo que le convenga.

»Los miembros de la citada Sociedad Corresponsal se enterarán de que su proposición relativa a pagar ellos mismos los gastos de correo y transporte ha sido examinada por la Asociación. Ésta considera la susodicha propuesta digna de las elevadas inteligencias que la han concebido y da, por lo tanto, su completa aprobación.

»Un observador superficial —añade el secretario que ha facilitado estas actas para el siguiente relato—, un observador superficial no hubiera encontrado nada de extraordinario en la cabeza calva y en los espejuelos circulares que estaban invariablemente vueltos hacia el secretario de la Asociación mientras leía los estatutos arriba copiados; pero era un espectáculo verdaderamente notable para todo aquel que no sabía que bajo aquella frente trabajaba el cerebro gigantesco de Pickwick y que sus ojos expresivos resplandecían detrás de los vidrios de sus antiparras.»

En efecto, el hombre que había seguido hasta su origen los vastos estanques de Hampstead*, el hombre que había trastornado al mundo científico con su teoría de los sapos, estaba allí sentado tan tranquilo e inmutable como las aguas profundas de aquellos estan-

* Lugar de las cercanías de Londres.

ques en un día de helada o como un inocente ejemplar de aquellos inocentes sapos en la profundidad cavernosa de una olla de tierra.

Pero el espectáculo fue mucho más interesante cuando a los gritos repetidos de ¡Pickwick! ¡Pickwick!, que salían simultáneamente de boca de todos los discípulos, aquel hombre ilustre se levantó lleno de vida y animación, subió lentamente sobre el escabel rústico en que estaba sentado y dirigió la palabra al club que él mismo había fundado. ¡Qué estudio para un artista presentaba aquella escena conmovedora! El elocuente Pickwick estaba allí con una mano graciosamente metida entre las solapas de su levita mientras que agitaba la otra para dar mayor fuerza a su declamación acalorada.

Su posición elevada hacía que se le subieran el pantalón corto y la polaina, en las cuales no se hubiera fijado la atención si hubieran revestido otro hombre, pero que ilustradas por el contacto de Pickwick, si es permitido usar esta expresión, infundían involuntariamente en los espectadores un respeto o temor religiosos. Estaba rodeado por los hombres de corazón que se habían ofrecido a participar de los peligros de sus viajes y debían participar también de la gloria de sus descubrimientos. A su derecha estaba sentado Tracy Tupman, el infatigable Tupman, que unía a la experiencia de la edad madura el entusiasmo y el ardor de un joven en la más interesante y disculpable de las debilidades del hombre, el amor. El tiempo y la comida habían engrosado su figura tan romántica en otro tiempo. Su chaleco de seda negro se había redondeado gradualmente mientras su cadena de oro desaparecía pulgada a pulgada a sus propios ojos. Su ancha barba se desbordaba por encima de su corbata blanca; pero el alma de Tupman no había cambiado: la admiración del bello sexo era su pasión dominante. A la derecha del maestro se veía al poético Snodgrass, misteriosamente envuelto en una capa azul forrada de pieles de perro. Junto a él, Winkle, el cazador, enseñaba con complacencia su traje nuevo de caza, su corbata escocesa y su estrecho pantalón de paño gris.

El discurso de Pickwick y los debates que suscitó están consignados en las actas de la Asociación. Ofrecían una notable similitud con las discusiones de las asambleas más célebres, y como siempre es curioso comparar los hechos de los grandes hombres, vamos a transcribir el acta de aquella sesión memorable:

«Samuel Pickwick hizo observar —dice el secretario— que la gloria es grata al corazón de todos los hombres. La gloria poética es grata al corazón de Snodgrass; la gloria militar es igualmente grata al corazón de Tupman, y el deseo de adquirir fama en todos los ejercicios del cuerpo existe en su más alto grado en el seno de su amigo Winkle. Él (Pickwick) no podría negar la influencia que han ejercido en él las pasiones humanas, los sentimientos humanos (aplausos); tal vez debiera decir las debilidades humanas. (Fuertes gritos de ¡no! ¡no!) Pero se contentará con decir que si alguna vez se encendió en su seno el fuego del amor propio, fue apagado en seguida por el deseo de hacer el bien de la humanidad.

»El deseo de obtener la gratitud del género humano era su arrebato; la filantropía, su pararrayos. (Vehementes muestras de aprobación.) Él había sentido orgullo, él lo confesaba francamente (y que sus enemigos se apoderen de este argumento si quieren); él había sentido orgullo cuando presentó al mundo la teoría de los sapos. Esta teoría podía ser célebre o no serlo. (Una voz dijo: Lo es. Grandes aplausos.) Él aceptaba la aserción del honorable pickwickiano, cuya voz había sonado. Su teoría era célebre. Pero la fama de aquel estudio debía extenderse a los últimos límites del mundo conocido, y el gozo que sentiría por tal motivo su autor no sería tan grande como el que experimentaba en aquel momento, el más glorioso de su existencia. (Aclamaciones.)

»Dijo que él era un individuo muy humilde (no, no); sin embargo, había sido elegido por la Asociación para un servicio de la mayor importancia, y que ofrecía grandes peligros, precisamente en aquel tiempo, en que reinaba el desorden en los caminos y estaban desmoralizados los cocheros. Mirad al continente y contemplad las escenas que pasan en todas las naciones. Vuelcan las diligencias por todas partes, se desbocan los caballos, se van a pique los barcos, estallan las calderas. (Aplausos. Una voz grita: ¡No! ¡No! Rumores.) Que el honorable pickwickiano que ha proferido semejante palabra se levante y me desmienta, si se atreve. ¿Quién es el que ha dicho no? (Frenéticas aclamaciones.) Tal vez el amor propio herido de un hombre... (vivos aplausos) que, celoso de las alabanzas que se han hecho, tal vez sin justicia, a las investigaciones del orador, y excitado por las censuras con que se ha confundido a los misera-



Mr. Pickwick pronuncia un discurso ante el Club

bles, tentativas de la envidia, adopta ahora esos medios indignos y calumniosos.

»Mr. Blotton se levanta para pedir que se llame al orden. ¿Hacía alusión a él el honorable pickwickiano? (Gritos de ¡Al orden!... ¡Sí!... ¡No!... ¡Continuad! ¡Basta!)

»Mr. Pickwick no se deja intimidar por clamores. Hace alusión al honorable caballero. (Viva sensación.)

»En este caso Mr. Blotton no tiene más que decir. Rechaza con profundo desprecio la acusación del honorable caballero como falsa y difamatoria. (Grandes aplausos.) El honorable caballero es un hablador. (Inmensa confusión. Fuertes gritos de ¡Al orden! ¡Al orden!)

»Mr. Snodgrass se levanta para llamar al orden. Llama al presidente. (Atención.) Pregunta si no se cortará aquel vergonzoso debate entre dos socios. (¡Atención! ¡Atención!)

»El presidente se convence de que el honorable pickwickiano retirará la expresión que había empleado.

»Mr. Blotton, con todo el respeto posible al presidente, afirma que no se retirará nada.

»El presidente considera como un deber imperativo preguntar al honorable caballero si ha empleado la expresión que acaba de escapársele en el sentido que se le da comúnmente.

»Mr. Blotton no vacila en decir que no, y que él no ha empleado la palabra sino en el sentido pickwickiano. (¡Atención! ¡Atención!) Se ve obligado a reconocer que personalmente estima mucho al honorable presidente. No le ha llamado hablador sino desde un punto de vista puramente pickwickiano. (¡Atención! ¡Atención!)

»Mr. Pickwick declara que está completamente satisfecho de la explicación noble y cándida de su honorable amigo. Insiste en que se comprenda bien que sus observaciones no debían tomarse sino también en un sentido puramente pickwickiano. (Aplausos.)»

Aquí concluyó el acta, y, en efecto, el debate no podía continuar, porque se había llegado a una conclusión tan satisfactoria y tan clara. No tenemos autoridad oficial para los sucesos que el lector encontrará en el capítulo siguiente, pero han sido recogidos de cartas y otros documentos manuscritos cuya autenticidad no se puede poner en duda.